

EXTEMPORÁNEOS

En el Titanic, con Enzensberger

Enzensberger es uno de los pocos pensadores de izquierda que no han caído en las redes del maniqueísmo como expediente de claudicación del pensamiento libre y que siempre ha sabido anteponer la crítica a la ideología, como muestra Vargas Llosa en esta lectura de la ejemplar obra El hundimiento del Titanic.

Para saber de veras cuán bonitas son, hay que ver a las mujeres saliendo de la cama; para saber cómo son, a los escritores hay que verlos en los congresos abiertos al público y con periodistas. Uno se lleva sorpresas: los opacos se vuelven brillantes, los aburridos ingeniosos y los que parecían cautos unos demagogos. Un raro caso de escritor que jamás decepciona en un congreso—literario o político—es Hans Magnus Enzensberger. Lo vi por primera vez en Salzburgo, hace más de treinta años, durante los debates para la concesión del Prix International de Littérature, defendiendo la candidatura del novelista finlandés Veijo Meeri con tanta gracia y agudeza que era imposible no darle el voto. Desde entonces, he coincidido con él en muchas reuniones similares y siempre me pareció inmunizado contra el deterioro congresístico, capaz de intervenciones originales y argumentos ingeniosos, aderezados con un humor que no tiene nada de alemán porque es una bocanada de aire fresco en la atmósfera habitualmente soporífera de las sesiones.

Enzensberger es también una *rara avis* en otro sentido. Es uno de los contados intelectuales europeos que habla de América Latina con conocimiento de causa, sin caer en los estereotipos, y sin establecer esa sutil discriminación que, por ejemplo, permitía a un Gunther Grass defender el sistema democrático y condenar el totalitarismo en

Europa pero exhortar a los latinoamericanos a “seguir el ejemplo de Cuba”. Tal vez porque conoce la lengua—ha traducido al alemán la poesía de César Vallejo, la de Heberto Padilla y otros poetas latinoamericanos— y porque ha viajado por allí con los ojos muy abiertos y escuchado a unos y otros sin prejuicios ni ideas preconcebidas, Enzensberger ha escrito con gran penetración sobre la historia y la cultura del nuevo continente, tanto que muchos latinoamericanos han aprendido mucho sobre sí mismos en sus páginas. Yo soy uno de ellos. Llevo varios años trabajando en una novela sobre los últimos días de Trujillo, he leído una vasta bibliografía sobre el tema y puedo asegurar que el ensayo de Enzensberger sigue siendo uno de los más lúcidos análisis sobre el fenómeno de las satrapías militares en general, y la dominicana del Generalísimo Trujillo en particular. También lo es el ensayo que dedicó a Bartolomé de las Casas y su lucha denunciando los horrores cometidos contra los indígenas americanos por españoles y portugueses durante la conquista y colonización.

Como casi todos los escritores del mundo que no fueran graníticamente reaccionarios, Enzensberger compartió las ilusiones que despertó la Revolución Cubana al triunfar, el último día de 1958. Prueba de ello son muchos de los textos que escribió sobre o inspirados en Cuba en los años sesenta, entre ellos la teatra-

lización del *Interrogatorio de La Habana* que efectuó el propio Fidel Castro a los cubanos anticastristas capturados durante la fracasada invasión de Bahía de Cochinos, en 1961. Pero, a diferencia de otros, que se contentaron con entusiasmarse a la distancia, Enzensberger fue a Cuba, paso allí un tiempo, observó, hizo preguntas impertinentes, husmeó a diestra y siniestra, y se atrevió—fue uno de los primeros— a mostrar la otra cara de la revolución castrista. Tras la heroica fachada del pequeño país resistiendo la embestida del imperialismo no estaban la libertad ni la democracia popular, sino un sistema autoritario en marcha, que se parecía cada día más al modelo soviético. Para mí, y para muchos latinoamericanos que, desde mediados de los años sesenta, comenzábamos a preguntarnos si se justificaba nuestro apoyo a la Revolución Cubana en nombre de la libertad y la justicia, fue iluminadora la investigación hecha por Enzensberger, en la misma Cuba, sobre la manera como el Partido Comunista cubano reclutaba a sus adherentes y mostrando el verticalismo antidemocrático de su estructura. Por eso, no me extrañó nada, cuando el sonado caso Padilla, que Hans Magnus fuera uno de los redactores y firmantes del manifiesto que elaboramos, en mi casa de Barcelona, Juan y Luis Goytisolo, José María Castellet, Enzensberger y yo, protestando por la farsa de la confesión y arrepentimiento públicos a que fue obligado el poeta disidente cubano, y que, de algún modo, rompió el hechizo que hasta entonces (1971) mantenía a buena parte de los intelectuales del mundo entero embelesados con la dictadura castrista.

No por haber tomado una distancia crítica con Cuba, dejó Enzensberger de ser de “izquierdas”. A diferencia de tan-

tos otros, que hicieron de su condición “progresista” un instrumento para el arribismo o una excusa para dejar de pensar por cuenta propia, la obra y la conducta política de Enzensberger restituyeron la dignidad y el sentido creador y ético que tuvo el apelativo —ser de izquierdas— en el ámbito intelectual antes de ser maculado por el estalinismo y el oportunismo. En los años setenta y ochenta —y ahora mismo— sus poemas, ensayos, artículos han seguido cuestionando lo establecido y persiguiendo las astutas metamorfosis de la injusticia en la peripatética sociedad moderna. Aunque disimulado por el rigor del análisis o el juego de los símbolos y las imágenes, en todos sus textos subyace un sentimiento de cólera por lo mal hecho que está el mundo y la convicción de que es posible mejorarlo.

Pocos intelectuales han seguido siendo tan leales a esta idea del “compromiso” (*l'engagement*), incluso en los años cuando parecieron triunfar el maniqueísmo, los fanatismos encontrados. En los sesenta y los setenta, comprometerse dejó de significar una denuncia de la injusticia cualquiera que fuese la cobertura ideológica que la encubriese, y mudó en alinearse con una de las dos únicas opciones posibles: el comunismo o el capitalismo. De este modo, innumerables escritores progresistas optaron en contra de una forma de injusticia y a favor de otra, que, si el escritor era lúcido, consideraba un mal menor y pasajero, o si era cínico negaba que existiera. De acuerdo a esta hemiplejía moral, los progresistas se horrorizaban con los crímenes de los generales fascistas bolivianos, peruanos, uruguayos, argentinos, griegos o chilenos, pero su conciencia no se turbaba lo más mínimo porque millones de personas quisieran huir de Cuba o de Alemania Oriental; protestaban contra la política racista de África del Sur, pero no por la invasión soviética de Afganistán, y permanecían ciegos y sordos cuando el Vietnam socialista invadía Camboya e instalaba allí un gobierno hechizo, o cuando los tanques del Pacto de Varsovia aplastaban la Primavera de Praga. El escritor comprometido se había vuelto un mili-

tante, para quien las consideraciones políticas —oportunidad, eficacia, conveniencia— preveleían sobre las éticas.

Enzensberger es una prueba de que había escapatoria a esa siniestra alternativa entre dos injusticias, que era posible ser un inconforme y un dinamitero del mundo capitalista, reconociendo la bancarrota del socialismo real, sin por ello “dar armas al enemigo”. Era —es— una postura difícil, desde luego, amenazada de malentendidos, que exige un perpetuo estado de alerta y un inmenso esfuerzo de lucidez y de honestidad en cada palabra que se escribe, es decir, nada recomendable para los intelectuales perezosos, para los arribistas y para los que

go y hermoso texto, de 33 cantos y 16 poemas, es dantesco por su ambición, por las apariciones que hace en él Dante, y por su horizonte apocalíptico. El hilo conductor es la catástrofe sobrevenida el 14 de abril de 1912 al hundirse el trasatlántico luego de chocar con un iceberg que le abrió el casco y perecer ahogadas millar y medio de personas (se salvaron setecientas). La tragedia está evocada con lujo de detalles —el menú de la última noche, las piezas que tocaba la orquesta, los juegos en cubierta, cómo se distribuyeron botes y salvavidas por orden jerárquico, los radiogramas de socorro—, como una metáfora de nuestra civilización, en peligro también de naufragio.



Ilustración: LETRAS LIBRES / Maimed Mounay

preferían callar antes que equivocarse.

Los tiempos serán siempre difíciles para alguien que elige esa conducta, sobre todo en momentos en que el mundo parece estar navegando, como el Titanic, en la primavera de 1912, al encuentro con el iceberg. En su poema *El hundimiento del Titanic*, de 1980 (hay una excelente traducción al español hecha por Heberto Padilla y la colaboración del autor y de Michael Faber-Kaiser, publicada por Plaza y Janés), Hans Magnus Enzensberger reflexionó sobre este tema con más gravedad —pero también con más hondura— que en sus inteligentes “poemas para los hombres que no leen poesías”. El lar-

Es un poema sobre las ilusiones perdidas, o, más bien, sobre el fin de las ilusiones, de las ficciones ideológicas, de las manipulaciones históricas y filosóficas para fabricar certezas políticas que terminan siendo falsas. Curiosamente, el poema, pese a su tono con frecuencia sombrío —aunque hay en él de tanto en tanto estallidos de regocijo y humor— y a su mordacidad amarga, no contagia una sensación pesimista, de derrotismo e impotencia. Más bien, de lucidez frente al peligro. Emanada de él una invocación a no rendirse frente a la adversidad, y, al mismo tiempo, a no intentar combatirla con exorcismos y conjuros de charlatán